

## EN TORNO AL ESTUDIO DEL GRIEGO DE LOS CRISTIANOS

The author believes that the study of later Greek is neglected at least when compared with later Latin. He analyzes the influx of biblical Greek for the constitution of the «Greek of the Christians» and also the repercussion on it of the History of Christianity in its relations with pagan culture.

He believes that methodologically, it is right to study Greek as a whole but it is justified to say «Greek of the Christians» because of the judeo-biblical component absent from other later Greek group-languages. This «Greek of the Christians» is formed in different steps and it cannot be found in all authors, but it is mostly found in popular literary genres which escape from the atticist wave and from the uniformity of literary *koiné*.

A quien se acerque con la perspectiva del filólogo clásico a la literatura griega cristiana de los primeros siglos, le sorprenderá la penuria de estudios sobre la lengua en esta etapa de la historia del griego. En efecto, el silencio de los manuales y de la mayoría de las obras especializadas es alarmante por lo que a la lengua de los autores cristianos se refiere. De las dos Patrologías más acreditadas científicamente, Quasten despacha el tema de la lengua de los cristianos con las siguientes palabras: «Both, the authors of the New Testament, as well as the Greek Fathers, do not write in classical Greek, but in the *koiné*, which could be best described as a compromise between literary Attic and the popular language, and which became the language of the entire Hellenic world from the third century B. C. to the end of Christian antiquity, that is, to the beginning of the sixth century A. D.»<sup>1</sup>. Y Alfred Stüiber en la séptima edición de la Patrología de B. Altaner añade como único comentario a la lengua de los Padres griegos: «Die griechische Sprache war wegen ihrer hohen Entwicklung ihres Wort- und Begriffsreichtums das geeignete Organ für die Ideenfülle des Christentums, vorbereitet durch die griechische Übersetzung des Alten Testament, die sich das Diasporajudentum geschaffen hatte»<sup>2</sup>. Palabras elogiosas sin duda para

<sup>1</sup> J. Quasten, *Patrology* I, Utrecht 1950, p. 20.

<sup>2</sup> B. Altaner-A. Stüiber, *Patrologie. Leben, Schriften und Lehre der Kirchenväter*, Basilea 1966<sup>7</sup>, p. 7.

el griego, pero que rezuman todavía el sabor de algunos teólogos del siglo XIX cuando hablaban de la lengua del Nuevo Testamento como «lengua especial del Espíritu Santo»<sup>1</sup> y que motivó la reacción de filólogos como Deissmann, Thumb, Norden...

Stuiber dedica, no obstante, en las páginas de bibliografía sistemática un apartado a la historia de los conceptos y de los significados<sup>2</sup>. Pero incluso a través de esta lista de términos estudiados en artículos de revista en estos últimos años, se puede constatar por un lado, cómo la mayoría de ellos son términos teológicos interesantes desde el punto de vista de la historia de los dogmas, y por otro, cómo predominan los términos latinos sobre los griegos.

Se podría objetar que las Patrologías o las historias de la literatura cristiana no son tratados de lingüística o de lexicografía. Pero en realidad si echamos una ojeada a las principales historias de la lengua griega (Meillet, Debrunner, Dieterich o la introducción de la gramática de Schwyzer), observaremos que el estudio del «griego de los cristianos» no ha encontrado mejor fortuna, es decir, pasa totalmente desapercibido.

Estos autores analizan con mayor o menor detenimiento los elementos constitutivos de la *koiné*, siguiendo tanto la trayectoria de los dialectos del griego clásico como los influjos de adstrato o substrato de las lenguas extranjeras con las que entra en contacto el griego desde la época del helenismo. Pasan revista también a los fenómenos morfológicos y sintácticos que se producen con la evolución del griego tardío y aluden naturalmente a las diferencias entre la *koiné* literaria y la *koiné* popular, así como a las sucesivas acmé del movimiento aticista. Pero con este ligero bagaje de conocimientos lingüísticos tenemos que enfrentarnos con diez siglos de historia de la lengua griega, con una producción literaria de envergadura, como atestigüan, sólo de la parte cristiana los 160 tomos de la Patrología griega editada por Migne, hasta que empiezan a perfilarse los dialectos del griego moderno.

Ya D. Tabachovitz detectaba hace casi treinta años la existencia de esta laguna en el estudio de la lengua griega<sup>3</sup>. Efectivamente contrasta la poca atención que se ha dedicado al bajo griego o griego tardío, sobre todo si lo comparamos con la importancia que han adquirido reciente-

<sup>1</sup> H. Cremer, *Biblisch-theologisches Wörterbuch der neutestamentlichen Gräcität*, Gotha 1893<sup>2</sup>, p. VIII.

<sup>2</sup> B. Altaner-A. Stuiber, *op. cit.*, p. 13 ss.

<sup>3</sup> D. Tabachovitz, *Etudes sur le grec de la basse époque*, Uppsala 1943. La escuela de Upsala es la que más se ha interesado por la lingüística del griego tardío. La obra de Tabachovitz se inserta dentro de una tradición prestigiosa como

mente los estudios del latín vulgar y del latín cristiano, debido sobre todo a los impulsos de Ch. Mohrmann y la escuela de Nimega. Tal vez la historia misma del latín tardío y su interés para asistir al nacimiento de las lenguas romances justifique este trato de privilegio que ha recibido por parte de los filólogos clásicos, así como el hecho de que, al parecer, el griego de los cristianos presente menos neologismos verdaderos que el latín cristiano. Probablemente es así. Pero en cualquier caso esta afirmación carece de fundamento mientras no iniciemos una serie de sondeos (y más a largo plazo estudios sistemáticos) sobre el griego de los cristianos. Monografías como la de Bartelink sobre la lengua de los Padres apostólicos como lengua de grupo nos obligan por lo menos a ser más cautos a la vez que pueden servir de estímulo y paradigma de este tipo de trabajos<sup>1</sup>.

La aparición del *Patristic Greek Lexicon* editado por Lampe ha supuesto un gran avance para el conocimiento del griego en el período patrístico y bizantino<sup>2</sup>. Pero en la elaboración de sus artículos se puede apreciar un predominio de los criterios doctrinales (organización y distribución del material muy útil por otra parte para los historiadores de los dogmas y de la teología) sobre los filológicos. Además, como ha indicado M. Harl en su reseña de los primeros fascículos de este diccionario<sup>3</sup>, con los criterios adoptados por Lampe y su equipo de colaboradores sólo se pueden valorar las palabras nuevas del vocabulario cristiano y las palabras más importantes para la historia de las ideas y de las instituciones. Ahora bien, de esta manera la fisonomía concreta del griego cristiano queda deformada, por omitir todas aquellas palabras que pertenecían al lenguaje común y banal del mismo, lenguaje que probablemente se parecía mucho más de lo que se piensa al griego profano de su época, por ejemplo, al griego del estoicismo, del platonismo medio y nuevo o al de los moralistas y filósofos populares.

Otro error de perspectiva del diccionario de Lampe consiste en que para poder estimar los innumerables neologismos (palabras que van

H. Ljungvik, *Studien zur Sprache der Apokryphen Apostelgeschichten*, Uppsala 1926; y del mismo autor, *Beiträge zur Syntax der spätgriechischen Volkssprache*, Uppsala 1932. Y, en fin, nombres como los de Björck, Wifstrand y Rydbeck, también suecos y especialistas señalados en griego tardío.

<sup>1</sup> G. J. M. Bartelink, *Lexicologisch-semantiche Studie over de Taal van de apostolische Vaders. Bijdrage tot de Studie van de groeptaal der griekse Christenen*, Utrecht 1952.

<sup>2</sup> G. W. H. Lampe, *A patristic greek Lexicon*, Oxford 1961-1968.

<sup>3</sup> M. Harl, «Remarques sur la langue des chrétiens. A propos du Patristic greek Lexicon». *Journal of Theological Studies* XIV.2, 1963, pp. 406-420.

precedidas de asterisco) y decidir si son palabras específicamente cristianas, no basta juzgarlas por comparación con los términos aparecidos en el Liddell-Scott-Jones.

Sería preciso poseer un diccionario puesto al día del griego postclásico de los autores profanos como complemento<sup>1</sup>, es decir, hacer con el griego de los cristianos algo parecido a lo que Deissmann y Thumb hicieron con el griego bíblico, enmarcándolo dentro de la evolución general de la *koiné* a medida que se fue conociendo mejor la lengua de los papiros. Ya que dentro de estos neologismos más que de formas nuevas se trató a veces de variedades lexicográficas de una misma palabra, que encajan dentro de la evolución normal del griego postclásico.

Es necesario, por tanto, estudiar el griego de los cristianos en continuidad por un lado con el griego clásico y por otro considerándolo heredero del griego bíblico y judeo-helenístico. Además, si queremos apreciar lo específicamente cristiano tanto en léxico como en fraseología, no podemos pasar por alto el trasfondo de la literatura profana de la época en cuestión, leyendo para la comparación autores paganos de la misma región y nivel cultural que el autor o autores cristianos que son objeto de nuestro estudio.

La continuidad con el griego clásico y la enmarcación de los autores cristianos dentro del horizonte de los autores profanos contemporáneos estará más garantizada y será más visible en el nuevo diccionario griego-español dirigido por el profesor Rodríguez Adrados y que está ya en vías de publicación. Entre las innovaciones anunciadas con relación al Liddell-Scott-Jones, tiene en cuenta los autores paganos y cristianos por igual, hasta el siglo VI de nuestra era<sup>2</sup>. Este criterio del nuevo diccionario y la consideración unitaria y global de toda la lengua griega hasta el siglo VI saneará también en parte el otro aspecto descuidado por el diccionario del griego patristico editado por Lampe, a saber, el que no nos indica la antigüedad y el origen de las palabras específicamente cristianas, puesto que Lampe, como hemos indicado, hace prevalecer en la elaboración de sus artículos el orden doctrinal sobre el cronológico.

En cuanto al entronque del griego de los cristianos con el griego bíblico tampoco es atendido en el léxico patristico de Lampe. Pues éste no ha fijado su atención en las palabras patristicas que tienen un origen probable en la *Septuaginta*; defecto excusable si consideramos

<sup>1</sup> El léxico de E. A. Sophocles, *Greek Lexicon of the Roman and Byzantine Periods* (146-1100), aunque sigue siendo útil, está editado en 1887, en Nueva York.

<sup>2</sup> Francisco R. Adrados y colaboradores, *El diccionario Griego-Español. Estado actual de los trabajos*, EMERITA XXXIX.1, 1971, p. 19.

que el diccionario más moderno de la *Septuaginta* es el de Schleusner, publicado en cinco tomos en 1820-21 y que no se ha vuelto a editar desde su segunda edición en 1929<sup>1</sup>, pero tanto más grave cuanto que el griego de la *Septuaginta*, junto con el del Nuevo Testamento, es uno de los elementos decisivos para la formación del griego de los cristianos, elemento que falta precisamente en la lengua de grupo de otros movimientos paganos perfectamente definidos como puede ser la Estoa o el Neoplatonismo. Tengamos en cuenta que la *Septuaginta* fue la Biblia de los autores del Nuevo Testamento, de los escritores del Judaísmo helenístico y de todos los escritores cristianos de Oriente e incluso de Occidente hasta el s. IV (a través de la *Vetus Latina*). El uso de la *Septuaginta* no se limitaba a la liturgia sino que fue durante siglos el libro por excelencia explicado en las principales escuelas superiores de teología (Alejandría, Cesarea, Antioquía...) y el principal patrón de la educación cristiana: de la educación familiar que recurría con frecuencia a las narraciones de la «historia sagrada» para estimular con buenos ejemplos a la prole y de la educación de la Iglesia al iniciar al catecúmeno en los misterios de la nueva religión; y esto pese a la adopción global de las escuelas griegas y del sistema de educación clásica por parte de los cristianos<sup>2</sup>. De modo que así como se ha dicho que Homero fue la Biblia de los paganos, no es menos verdad que la *Septuaginta* fue durante muchos siglos «el Homero de los cristianos». Este influjo de la Biblia griega para la historia de la lengua es reconocido por Schwyzer al admitir buen número de giros y palabras del griego moderno que proceden de la Biblia griega<sup>3</sup>. ¡Con cuánta mayor razón no hemos de contar con su influjo decisivo para la constitución del griego de los Padres!

Es de todos conocido el problema que planteó a los primeros cristianos, de cara sobre todo a las élites intelectuales de la época, la peculiaridad

<sup>1</sup> J. F. Schleusner, *Novus Thesaurus philologico-criticus sive Lexicon in LXX et reliquis interpretibus Graecis ac scriptores apocryphos Veteris Testamenti*, I-V, Leipzig 1820-21, Londres 1929<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Cf. H. J. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*, Paris 1948, p. 417 ss.

<sup>3</sup> E. Schwyzer, *Griechische Grammatik I*, Munich 1968, p. 126: «Es ist richtig dass für die spätere Sprachentwicklung mit der zentralen Stellung der griechischen Bibel im Volksbewusstsein zu rechnen ist und manches geradezu aus der Bibel stammt: Im ganzen wird aber doch die Auffassung recht behalten, welche die Sprache der altchristlichen Literatur nicht isoliert, sondern im Zusammenhang mit der ganzen griechischen Sprachentwicklung betrachtet». Más de la mitad de las palabras del Nuevo Testamento están aún en uso en el griego moderno. Sobre el influjo de la *Septuaginta* en la lengua del Nuevo Testamento puede consultarse el magnífico libro de D. Tabachovitz *Die Septuaginta und das Neue Testament*, Lund 1956.

del griego bíblico, es decir el lenguaje bárbaro y sencillo de ambos Testamentos. Ante los ataques de los no cristianos la mayoría de los Padres reconoce la vulgaridad del lenguaje comparado con el de los autores clásicos tan en boga en las sucesivas oleadas aticistas, pero justifican su uso por necesidades inherentes al mensaje evangélico, que ha de ir dirigido a todos los hombres, incluso a los no letrados. Una minoría, en cambio intenta en vano probar la perfección artística del griego bíblico<sup>1</sup>. Algunos como Jerónimo, Teodoreto de Ciro o Basilio de Cesarea reconocen la existencia de determinadas *uoces biblicae*. Pero difícilmente encontraremos en los Padres algunas observaciones sobre el carácter y la evolución del griego de los cristianos<sup>2</sup>. Bien podemos afirmar que hasta estas últimas décadas no ha comenzado a plantearse el problema del griego de los cristianos. M. Harl ha estudiado en un reciente artículo el impacto del griego bíblico sobre el griego de los cristianos de la mano de unos ejemplos sacados del salmo 118 y de los principales comentaristas de este salmo desde Orígenes a Teodoreto de Ciro<sup>3</sup>. Se fija sobre todo en el vocabulario religioso para ver si ha sobrevivido en la lengua de los cristianos. El resultado es sorprendente ya que no se puede hablar de un proceso rectilíneo que nos obligue a considerar al griego de los cristianos como continuador del griego bíblico sin más. Por una parte, un buen contingente del vocabulario de dicho salmo ha sido asimilado por parte de los autores cristianos: unas veces a través del NT y el uso en las comunidades cristianas; otras, porque palabras propias de la LXX vuelven a emerger en estos comentaristas. Pero lo más curioso es ver, por otro lado, cómo se da un proceso paralelo de distanciamiento con relación a la lengua de la *Septuaginta*. Hay otra serie de palabras difíciles pero características de la Biblia griega que no reaparecen en el griego cristiano. Esta lejanía de los autores cristianos con relación a la lengua de la *Septuaginta* se explica en muchos casos por tratarse en ésta de un griego

<sup>1</sup> E. Norden, *Die antike Kunstprosa II*, Leipzig-Berlin 1909, pp. 516 ss., y A. Vergote, «Grec biblique», en *Dictionnaire de la Bible* (ed. F. Vigoroux), *Supplément*. Tampoco se puede exagerar la vulgaridad del lenguaje bíblico. Al griego bíblico hay que situarlo por encima de la *koinè* popular y por debajo de la literaria, en un estadio intermedio. Cf. L. Rydbeck, *Fachprosa, vermeintliche Volkssprache und Neues Testament. Zur Beurteilung der sprachlichen Niveauunterschiede im nachklassischen Griechisch*, Upsala 1967.

<sup>2</sup> G. J. M. Bartelink, «Observations de Saint Basile sur la langue biblique et théologique», *Vig. Chr.* 17.2, 1963, pp. 85-105.

<sup>3</sup> M. Harl, «Y-a-t-il une influence du "grec biblique" sur la langue spirituelle des chrétiens?», en *La Bible et les Pères*, Estrasburgo 1971, pp. 243-263.

de traducción que deja de ser transparente cuando se desconoce el hebreo. Da la impresión de que muchos comentaristas han olvidado este hecho e intentan dar la respuesta a pasajes oscuros dentro del sistema de la lengua griega con las más peregrinas explicaciones. Para apreciar mejor a qué zonas del vocabulario se extiende esta distancia entre el griego bíblico y el griego de los cristianos del s. IV d. de C., por ejemplo, sería preciso reunir todas las palabras de la Biblia griega que los Padres declaran ser propias de la Escritura y, al mismo tiempo, acometer la ardua empresa de un léxico de la *Septuaginta* y de las otras versiones griegas Aquila, Símaco y Teodoción para ver hasta qué punto esas palabras son exclusivas de la Escritura<sup>1</sup>.

Además de este factor lingüístico del griego de la *Septuaginta*, aceptada oficialmente como la Biblia de la Iglesia naciente, existe otro determinante de carácter histórico-cultural que repercutió sin duda en la formación del griego de los cristianos. Se trata de la conciencia de novedad de que están poseídas las primeras generaciones cristianas, novedad que deja su huella también en el lenguaje. Los primeros cristianos tenían la vivencia de ser algo nuevo, inédito y diferente de los múltiples movimientos religiosos de su perimundo. Se llamaban a sí mismos τὸ τρίτον γένος para distinguirse tanto de los helenos como de los judíos<sup>2</sup>. Este hecho nos lleva a un campo mucho más complejo, como es el de la conexión entre historia y lengua, es decir, el impacto que un acontecimiento histórico, como puede ser la aparición del Cristianismo, ejerce sobre el lenguaje. Sin extrapolar este influjo como si desde entonces todos los conceptos se tuieran de la nueva mentalidad religiosa<sup>3</sup>, pensamos que esta influencia se da. Se advierte sobre todo en toda una gama de nuevas matizaciones en las palabras y a veces afecta incluso al sentido total de muchos términos. Ch. Mohrmann ha atendido en varios de sus artícu-

<sup>1</sup> Como primer paso ha aparecido ya el *Index to Aquila* de J. Reider, completado y revisado por Nigel Turner en *Vetus Testamentum, Suppl.* 12, Leiden 1966, aunque desgraciadamente con muchos errores (cf. la reseña que hace de él R. Hanhart en *Theologische Revue* 64.5, 1968, pp. 391-394). Sobre el proyecto de un diccionario de *Jewish translation Greek*, puede consultarse el informe de Robert A. Kraft en *New Testament Studies* 16, 1969-70, p. 392 ss., completado por otro informe del mismo autor en la misma revista, núm. 17, pp. 488-490. De llegar a realizarse representaría un eslabón imprescindible entre el *Liddell-Scott-Jones* y el diccionario patristico de Lampe.

<sup>2</sup> Aristides, *Apol.* 2 (ed. *Padres Apostólicos*, BAC 65).

<sup>3</sup> Exageración en que incurre K. Prümmer, sobre todo en su libro *Christentum als Neuheitserlebnis. Durchblick durch die christlich-antike Begegnung*, Friburgo 1939.

los a esta interacción entre lengua y cultura recogiendo valiosas observaciones sobre el particular<sup>1</sup>. En el caso del «griego cristiano» son de sobra conocidos los préstamos o calcos del hebreo, la acuñación de neologismos para expresar prácticas rituales o instituciones religiosas que no existían en el ámbito griego antes de la llegada del Cristianismo, el desplazamiento de sentido de muchos términos, la diferenciación sintáctica, los juegos de palabras basados en el particularismo de grupo que encubre significados polivalentes en muchos términos, etc.

A pesar de todo, convendría tener siempre ante los ojos, para prevenir conclusiones prematuras en este punto, la experiencia que tuvo W. Bauer con las listas de *uoces biblicae* en las sucesivas ediciones de su diccionario del Nuevo Testamento, ya que se trata de un paralelo bastante próximo a nuestro tema que nos hará proceder con toda cautela<sup>2</sup>. No podemos considerar un término específicamente cristiano antes de confrontar su empleo con el de los autores paganos contemporáneos de la antigüedad tardía y constatar que ese término o una determinada acepción no se encuentra en dichos autores.

Así, pues, las diversas peripecias de la historia de la Iglesia y en particular el proceso de acercamiento o distanciamiento de la cultura griega repercuten en la evolución del griego de los cristianos. Este tiene como punto de arranque el griego judeo-helenístico de la *Septuaginta*. En los primeros siglos de nuestra era se desarrolla con mucha rapidez distinguiéndose de la *koiné* general por numerosas innovaciones semánticas y buena proporción de neologismos tanto técnicos como no técnicos. Bartelink ha analizado la lengua de los Padres apostólicos como lengua de grupo y llega a la conclusión de que su vocabulario técnico especial sobrepasa, al menos numéricamente, el de otras lenguas especiales<sup>3</sup>. Ahora bien, esta evolución de la lengua de los cristianos no es lineal. Se dan también movimientos regresivos, impulsados unas veces por la

<sup>1</sup> Ch. Mohrmann, «Transformations linguistiques et évolution sociale et spirituelle», *Vig. Chr.* I.3, 1947, pp. 186-190. Y sobre todo en «Linguistic problems in the early christian church», *Vig. Chr.* XI.1, 1957, pp. 11-37. En *Latin vulgaire, latin des chrétiens, latin médiéval*, Paris 1955, p. 27, concluye: «On pourrait dire que chaque grande idéologie qui atteint profondément la vie de ses adeptes influencera la langue d'une manière analogue».

<sup>2</sup> W. Bauer, en *Zur Einführung in das Wörterbuch zum Neuen Testament*, introducción a la cuarta edición de su diccionario, aparecida en *Coniectanea Neotestamentica*, 15, Lund 1955, reduce considerablemente, a la luz de los nuevos descubrimientos de los papiros, las listas de *uoces biblicae* que había insertado en su introducción a la segunda edición del mismo diccionario aparecida en 1928.

<sup>3</sup> Cf. p. 3, n. 1.

finalidad apologética de los escritos y otras por motivos estilísticos y literarios. Entre los primeros podemos contar a los escritos de los Apolo-gistas cristianos del s. II. Aunque coinciden cronológicamente con la primera acmé del movimiento aticista, sus escritos son poco aticistas en general<sup>1</sup>. Sin embargo evitan sistemáticamente por táctica las palabras específicamente cristianas y eluden también tocar algunos temas teológicos de la nueva religión, faltando así la terminología correspondiente. Este procedimiento está justificado por la finalidad de estos escritos: intentan presentar en sociedad a la nueva religión en un medio ambiente hostil. De ahí que de cara al exterior se evite, casi supersticiosamente, el nombre de Cristo y llegue a emplearse incluso para designar los evangelios el término genérico *ἁπομνημονεύματα ο συγγράμματα*<sup>2</sup>.

Otro momento característico de regresión de la lengua, esta vez por razones estilísticas, es el s. IV d. de C. Va unido a la segunda acmé del movimiento aticista. Hasta tal punto condiciona la lengua de muchos autores como un Eustacio de Antioquía (y en general de los Padres antioquenos de los ss. IV-V d. de C.) que éste llega a corregir incluso las citas bíblicas de la *Septuaginta* en sentido aticista.

Por otra parte con Clemente de Alejandría y Orígenes comenzó el acercamiento al pensamiento profano griego, sobre todo el filosófico, fenómeno que retrasa, y en algunos casos incluso anula, la rápida evolución del griego cristiano. Circunstancias históricas como el paso de Cristianismo a religión oficial del Estado repercuten de rechazo en la lengua. En los ss. IV-V d. de C. la terminología de los misterios —cuidadosamente rehuida en el Nuevo Testamento y primeros autores cristianos<sup>3</sup>— irrumpe plenamente en el griego de los cristianos. Los escritores de esta época ya no sienten la necesidad de evitar la nomenclatura de la religión pagana por sus connotaciones idolátricas, de distinguirse de su perimundo (cristianizado ya en buena parte) y de destacar el aspecto de novedad del Cristianismo. Se ha operado —si se nos permite la expresión— una suplantación del lenguaje mismo

<sup>1</sup> Cajus Fabricius, «Der sprachliche Klassizismus der griechischen Kirchen-väter. Ein philologisches und geistesgeschichtliches Problem», *Jahrbuch für Antike und Christentum* 10, 1967, p. 195.

<sup>2</sup> Justino, *I Apol.* 67, 3; 66, 3, etc.; *Diálogo con Trifón*, *passim* (ed. *Padres Apolo-gistas*, BAC 116). Cf. G. J. M. Bartelink, «Die Meidung heidnischer oder christlicher Termini in dem Frühchristlichen Sprachgebrauch», *Vig. Chr.* 19.4, 1965, pp. 193-210.

<sup>3</sup> Cf. Bruce M. Metzger, *Methodology in the study of the mystery religions and early Christianity. Historical and Literary Studies. Pagan, Jewish and Christian. New Testament Tools and Studies VIII*, Leiden 1968, p. 12.



no sólo del culto, de modo que las palabras que antes significaban los misterios de Eleusis, Isis o Sabacio y se aplicaban a sus cultos, pasan a significar ahora los misterios de la iniciación cristiana, aplicados a los sacramentos y culto de la nueva religión.

Los Padres de la edad de oro: Basilio de Cesarea, Gregorio de Nacianzo, Gregorio de Nisa, Juan Crisóstomo, etc., con su excelente formación clásica en las universidades de Atenas o Alejandría, imitan en sus escritos el estilo de sus modelos paganos. Se erigen en continuadores y defensores de la *koiné* literaria y por eso bajo el punto de vista lingüístico constituyen una regresión. Muchos de ellos llegan a resucitar artificialmente incluso los antiguos dialectos (Sinesio de Cirene escribe sus himnos en dorio y varias poesías de Gregorio de Nacianzo están escritas en eolio) o los metros antiguos (trímetros yámbicos en Gregorio de Nacianzo o *anacreontica* en Sofronio de Jerusalén). Por eso el griego de los cristianos hay que buscarlo cada vez más en los escritos populares que se sustraen a estas influencias cultas; en la *koiné* popular cristiana que continúa la evolución de la lengua iniciada por el griego bíblico: los evangelios apócrifos y los hechos apócrifos de los apóstoles, las actas de los mártires, los escritos hagiográficos, las narraciones de milagros y las leyendas monacales son los mejores testimonios de este griego cristiano. Es el género literario (que podíamos etiquetar con el vago epígrafe alemán de *Kleinliteratur*), y no necesariamente la época lo decisivo para rastrear la formación del griego de los cristianos. Ya que como acabamos de advertir, pueden coexistir bajo una misma cronología escritos regresivos y escritos vanguardistas bajo la perspectiva de la historia de la lengua.

Se objetará con razón que también es griego de los cristianos el griego de los Padres cultos de los ss. IV y V d. de C. Es un reflejo del cambio de la situación social de la Iglesia en estos siglos, pero nace también de la necesidad propagandística de defenderse por una parte de la polémica anticristiana y por otra de captarse a las élites cultivadas de la época con las que no se podía dialogar si no era al mismo nivel del lenguaje culto. Pero incluso estos Padres en la producción literaria intraeclesial (homilias, comentarios bíblicos, disputas teológicas) no mantienen el estilo aticista puro sino un estadio intermedio entre el clasicismo y el lenguaje bíblico-teológico heredado<sup>1</sup>. Por eso no es éste el campo más rico y prometedor para los estudios de lengua, sino la antes citada literatura menor y popular, que se sustrae a los influjos de la *koiné* literaria. Esta literatura

<sup>1</sup> Cf. Cajus Fabricius, *op. cit.*, p. 197.

menor, tan importante para la constitución del griego de los cristianos, cuenta con otro momento de especial relieve en el que la lengua de grupo se aglutina hasta alcanzar un grado de diferenciación sorprendente: la época del nacimiento del monaquismo y en particular las colecciones literariamente poco elaboradas que cuentan con un largo período de tradición oral antes de fijarse por escrito, tales como los *Apophthegmata patrum*. Escritos como éste intentan comunicar también una experiencia de novedad, de diferenciación y solidaridad entre los miembros del grupo semejante a la de los orígenes cristianos. Por eso estas narraciones cortas surgidas en el desierto de Egipto tienen una importancia capital para la evolución de la lengua, tal vez sólo comparable con lo que representó en su época para la historia del griego la traducción de la *Septuaginta* y el Nuevo Testamento. En estas colecciones volveremos a encontrar de nuevo la terminología típicamente cristiana.

Para concluir podemos resumir los principales resultados de nuestra reflexión sobre el griego de los cristianos en la espera de que estos primeros esbozos puedan ayudar también como programa de futuros trabajos:

1. Como principio fundamental seguimos defendiendo la unidad del griego para toda la antigüedad tardía, en el sentido de que el griego de los cristianos sólo deberá estudiarse como continuación del griego clásico y enmarcado dentro de la evolución general del griego tardío, que, como toda lengua, está sometido en su evolución a influjos externos e internos.

2. Pero el impacto de un acontecimiento histórico o de un movimiento cultural repercute en la lengua, puede dar un nuevo contenido a palabras antiguas y crear una serie de neologismos. Pensemos cómo el materialismo dialéctico, el estructuralismo o la psicología profunda han marcado el lenguaje de nuestro siglo, sobre todo en el campo del léxico: aumento de frecuencia de constelaciones enteras de palabras, caída en desuso de otras, creación de neologismos, etc. Este influjo es mucho más sensible en el lenguaje de algunos grupos ideológicos. Los estudios de Ch. Mohrmann intentan bajo este aspecto poner de relieve lo que supuso para la historia de la lengua la experiencia de novedad de los primeros cristianos.

3. Estos acontecimientos históricos o movimientos culturales no siempre justifican el hablar de una lengua de grupo. Por ejemplo, nadie habla de la lengua de los estoicos, del pitagorismo o del neoplatonismo. Sin embargo sí que está justificado el estudio especializado de esas lenguas, la edición de léxicos por autores, etc. Sólo estos

estudios monográficos agotarán los matices de una serie de palabras que en un léxico general pueden pasar inadvertidos.

4. En cambio el griego de los cristianos, sin que sea lícito separarlo del estudio y evolución del conjunto de la *koiné*, del griego tardío y en particular del vocabulario filosófico, parece que constituye un caso especial, ya que cuenta con un elemento constitutivo que falta en el resto del lenguaje filosófico de la antigüedad: el componente del griego bíblico que aporta en muchos casos un contingente de neologismos suficiente como para poder considerarlo lengua de grupo. Parece, además, que este griego de los cristianos se va formando en sucesivas etapas y que no se puede buscar uniformemente en todos los autores cristianos por igual, sino que se condensa en ciertos géneros literarios de escritos populares que escapan al influjo de las sucesivas modas aticistas y al movimiento de uniformación de la *koiné* literaria. Este tipo de escritos merece por tanto un estudio sistemático por su importancia para la constitución del griego cristiano y para la evolución de la lengua griega en general.

N. FERNÁNDEZ MARCOS